



EDITORIAL

La inteligencia artificial como espejo cognitivo: una advertencia desde la escritura médica

Artificial Intelligence as a Cognitive Mirror: A Cautionary Perspective from Medical Writing

Inteligência artificial como espelho cognitivo: um alerta a partir da escrita médica

Geovani López-Ortiz¹  ¹Subdivisión de Medicina Familiar, División de Estudios de Posgrado. Facultad de Medicina UNAM. México.**Recibido:** 30 de septiembre de 2025**Aceptado:** 01 de octubre de 2025**Estimados lectores:**

El uso creciente de herramientas de inteligencia artificial en la escritura académica ha generado una falsa sensación de objetividad. Se piensa que estas tecnologías son neutrales, cuando en realidad actúan como espejos: reflejan, reproducen y, muchas veces, amplifican las limitaciones de quienes las utilizan. No reemplazan el pensamiento crítico; lo simulan. No detectan errores metodológicos; los estructuran. No confrontan argumentos débiles; los redactan con elegancia.

"Un modelo como yo no piensa, no evalúa, no entiende; solo organiza lenguaje con coherencia formal. Lo que produzco parece razonamiento, pero en realidad es una estructura lingüística estadísticamente probable. Si el usuario formula una idea débil, yo puedo expresarla con claridad y elegancia, pero no la fortaleceré desde el juicio; solo la haré más convincente." —ChatGPT

La inteligencia artificial produce textos tan rigurosos o tan vacíos como el criterio del usuario lo permita. Si se parte de una hipótesis pobre o de un marco conceptual mal construido, la herramienta no va a objetar: dará forma, embellecerá y reforzará. La IA no interrumpe. No plantea preguntas. No exige fundamentos. Y en esa obediencia exacta reside el problema.

Allí donde un par académico señalaría una contradicción o donde un asesor advertiría una inconsistencia, la IA guarda silencio. No para omitir —porque no tiene voluntad—, sino porque simplemente no fue diseñada para tensionar el pensamiento, sino para expandir lo que se le da. Así, las carencias del usuario se normalizan. No solo persisten, sino que se replican con mayor fluidez y menor resistencia. El problema no es lo que la máquina escribe, sino lo que deja intacto.

La responsabilidad, por tanto, no recae en la herramienta, sino en quien la usa. El usuario no es solo un operador técnico; es un sujeto epistémico. De su capacidad para interrogar el texto generado, para contrastarlo, editarlo o incluso descartarlo, depende la calidad del resultado final. Pensar sigue siendo una tarea humana.

Usar la inteligencia artificial de forma crítica no significa rechazarla, sino asumir que todo lo que produce requiere revisión. Significa aceptar que la herramienta no suple el juicio, y que automatizar procesos no debe equivaler a automatizar carencias.

Este desafío cobra especial relevancia en el ámbito de la medicina. En esta disciplina, la precisión conceptual y metodológica no es un lujo académico: es una necesidad ética. Un error en el planteamiento de un protocolo de investigación, una definición ambigua en una guía clínica o una inferencia no fundamentada en un artículo de revisión pueden traducirse en decisiones que afecten la vida de las personas. Un texto mal construido puede desinformar, perpetuar prácticas obsoletas o legitimar intervenciones sin evidencia. La escritura médica no es solo técnica; es profundamente ética.

La inteligencia artificial no está diseñada para identificar estas implicaciones. Puede generar descripciones coherentes de enfermedades, algoritmos terapéuticos o propuestas de intervención comunitaria, pero no juzga su pertinencia, actualidad o validez científica. Puede convertir una falacia clínica en una narrativa impecable. Puede transformar una omisión crítica en una prosa pulida. Por eso, delegar en la inteligencia artificial la producción de textos médicos sin revisión crítica no es una muestra de eficiencia, sino una renuncia silenciosa a la responsabilidad profesional.

El vínculo entre inteligencia artificial y escritura académica debería abrir un espacio de revisión profunda, especialmente en las ciencias médicas. No se trata de producir más artículos, sino de escribir con conciencia ética y de mantener el juicio clínico y metodológico como eje de la escritura.

La herramienta puede acompañar, pero no puede reemplazar la reflexión. No confronta. No duda. No interrumpe. Por eso, el mayor riesgo no es lo que la inteligencia artificial puede hacer mal, sino lo que dejamos de hacer bien cuando renunciamos a pensar.

Frente a esta realidad, la formación médica y académica tiene el reto de incorporar el uso ético y crítico de la inteligencia artificial. No basta con enseñar a "usar bien" estas herramientas; es necesario formar profesionales capaces de detectar cuándo no deben usarse, o cuándo lo generado debe ser radicalmente corregido. La inteligencia artificial puede ser una aliada poderosa, pero también un espejo que nos devuelve, con claridad y sin filtro, las limitaciones de nuestra propia forma de razonar.

La medicina exige claridad diagnóstica, fundamento científico y sensibilidad ética. Si aceptamos una escritura médica guiada por herramientas que no piensan, corremos el riesgo de naturalizar un discurso clínico sin fundamento, sin matices y sin responsabilidad. La tecnología no debe dictar el contenido; debe estar al servicio de un pensamiento que sabe cuándo detenerse, cuándo corregir y cuándo callar.

El pensamiento humano sigue siendo el insumo fundamental y ninguna herramienta, por avanzada que sea, puede sustituirlo sin consecuencias.

Declaración sobre el uso de inteligencia artificial

Este texto fue desarrollado por el autor con apoyo de herramientas de inteligencia artificial (ChatGPT, OpenAI), utilizadas únicamente como recurso técnico para estructurar ideas propias. El contenido y el enfoque son de autoría intelectual personal.